SUROESTE 16 de Abril de 1981.

SUROESTE 16-4-81

La saeta comenzó en el siglo pasado

Manuel Torre fue el más grande saetero de la historia

● Hoy el género se halla en franca decadencia

ANGEL ALVAREZ CABALLERO

Como Enrique el Mellizo, otro gran saetero gitano fue Chele Fateta, hermano del insigne Aurelio Sellé, muerto en el año 1913, quien contribuyó excepcionalmente a popularizar y difundir el género. En cuanto a Aurelio es curioso señalar que jamás accedió a cantar una saeta. «Me siento incapaz de cantar al Nazareno —explicaba—. Yo puedo cantarle a una persona, pero a El... se me doblan las rodillas y no puedo, no puedo, prefiero que todo lo que le vaya a decir en la saeta se lo diga rezando...».

Manuel Centeno fue, ciertamente, un extraordinario saetero, cuyas actuaciones en las semanas santas de Sevilla —las más famosas del mundo— en las décadas segunda y tercera de nuestro siglo hicieron época y crearon escuela, surgiendo cantaores en pléyade que le imitaban lo mejor que podían, lo que no era poco, pues el cante de Centeno exigía grandes facultades.

Si hubo un cantaor que se distinguió sobre todo en el cante de saetas, hasta el punto de ser considerado casi con exclusividad especialista en él, fue el Niño Gloria, cuya voz se avenía idóneamente al género.

MANUEL TORRE, SOBRE TODOS

Pero cuando Manuel Torre, el gitano de Jerez, estaba de buenas, no había quien pudiese resistírsele. A él se debe el macho o cambio que perdura hasta hoy y que lleva la siguiente extraña y absurda letra:

Cómo eres
pare de almas, ministro de Cristo.
Troncón
de la Santa Madre Iglesia Santa
y árbol del Paraíso.

«Fue una mañana de Viernes Santo —nos dice Manuel Barrios—. Manuel Torre está en el balcón del ganadero don Eduardo Miura, y, al aparecer en la calle el paso de «La Sentencia», él, en tensión los nervios, apretando los hierros de la baranda, la voz densa, un poco nasal, recibe a la imagen con la mejor saeta que se ha cantado en Sevilla. Cuando cierra el pellizco del último ay, la gente que asiste, pasmada, al acontecimiento no aplaude, no vitorea. Todos sacan los pañuelos, en silencio, y la Plaza de la Encarnación se convierte en un inmenso aletear de palomas blancas que piden una nueva saeta a aquel hombre fabuloso a quien un gitanillo, que le acompaña, dice, señalando a don Eduardo Miura:

«Fíjate, primo, con la mala uva que se gasta criando toros y ahí lo tienes, que me lo has hecho llorar.»

»Era una de las dos veces, históricas, en que lloró el famosísimo ganadero. La otra, cuando se enteró de que Juan Belmonte había cogido el pitón de uno de sus toros por la cepa.

»Así, realmente, nace la saeta grande. Es inútil que rebusquemos por entre los corales de las primeras raíces. La saeta, en toda su majestad y hondura, nace un día cualquiera por obra y gracia de un gitano bronco y misterioso cuyo cante quebraba el azogue de los espejos...».

Y Ricardo Molina escribió: «¿Cómo fueron aquellas saetas espeluznantes de Manuel Torre? Hay quien dice que la costumbre sevillana de mover rítmicamente los «pasos», pero sin avanzar, procede de una saeta del gran cantaor sevillano-jerezano. Cuéntase que el capataz de los costaleros dio orden de seguir marchando en el momento en que Manuel Torre empezaba a cantar una saeta. Los costaleros, obedeciendo al mandato, alzaron sobre sus hombros al «paso», pero no avanzaron, limitándose a moverlo rítmicamente hasta que Manuel Torre cantó lo que quiso. Dicen que a partir de aquel episodio se generalizó la costumbre de «mecer» los «pasos». No sé si la historia es historia o cuento. A mí me merece pleno crédito y la encuentro perfectamente verosímil».

Allí donde cantaba saetas Manuel Tore se convertía en la principal atracción, más que la propia procesión en sí, y calles y plazas en los alrededores se llenaban hasta rebosar. Nos lo cuenta Pericón de Cádiz, que lo vio un año en Jerez. Cantaba Torre desde el balcón de la casa de uno que lo había llamado, y cuando se corrió la voz por Jerez desde una hora antes de que pasara la procesión ya estaba la plaza llena de gente, «y viene el Cristo y lo acercan al balcón y sale este hombre en mangas de camisa, con las mangas arremangás arriba, con ese tupé tirao a la frente, y empieza a cantar saetas, tor mundo callao, y cuando ya acabó y se llevaron al Cristo y se fue la gente, se veía en el suelo una cantidad de peasos de camisas y peasos de chaquetas... De lo que formó ese hombre cantando por saetas».

OTROS GRANDES

Hubo otros grandes saeteros a más de los citados: Pastora y Tomás Pavón, Manuel Vallejo, y seguramente los grandes maestros de la siguiriya y la toná del siglo pasado, como Silverio Franconetti, el Nitri, los Cagancho, Curro Durse y Marrurro.

Hoy el gran maestro es Antonio Mairena, quien profundizó en el estudio del género con la dedicación que pone en todas las cosas del flamenco. Y pocos más contemporáneos podemos citar. Porque en bocas de muchos irresponsables que cantan lo que les viene en gana, sin facultades ni conocimientos, la saeta se halla en franca decadencia.

Las saetas de hoy, ciertamente, no son ni sombra de las que se cantaban hace medio siglo, aunque gusten a los turistas y dejen buenos rendimientos.

Manuel Torre, el gitano de Jerez cuyas saetas cuando se hallaba inspirado fueron calificadas de espeluznantes.

Tomás Pavón, como su hermana la Niña de los Peines, un gran intérprete de saetas.

La Niña de los Peines cantando saetas desde el balcón de su casa sevillana.

El gran maestro del cante jondo, Antonio Mairena, es entrevistado para la radio, con motivo del acto de presentación de su disco «Honores a la Niña de los Peines», celebrado durante la Feria de Sevilla en una conocida sala de la capital. Constituyó uno de los actos culturales más sobresalientes de la temporada. (Foto Vázquez Berni.)